

Capítulo 3

Recensión de *Economía política y modelos multisectoriales* (1979)

Josep M.^a Vegara: *Economía política y modelos multisectoriales*. Madrid, Tecnos, 1979. 190 págs.

He aquí un texto especialmente útil para todos aquellos estudiosos que se sienten insatisfechos con la «visión» dominante en la teoría económica convencional y se interesan por una vía alternativa. Como es sabido hay ya una serie de aportaciones notables que tentativamente delinear las bases para «otra» teoría económica a partir de un enfoque que podría ser denominado «reproductivo», por cuanto sitúa en el punto de mira del análisis los requerimientos para la reproducción del sistema económico. Tal vía alternativa empieza, lentamente, a ser esbozada aunque todavía se sitúen las investigaciones en niveles sumamente abstractos. Dentro de las escasas aportaciones vernáculas el trabajo de Vegara sobresale por sus genuinos merecimientos.

El título del libro resulta veladamente significativo al respecto. El lector informado se percatará de que la expresión «economía política» no es la usual en el mundo académico y que, de hecho, se contrapone a «teoría económica». No es que los campos estén perfectamente delimitados. Más bien la elección de una u otra terminología opera como semáforo indicador de preferencias. La

expresión «economía política» sugiere por lo común una filiación con respecto al paradigma clásico-marxista y un distanciamiento con relación al enfoque neoclásico, hoy hegemónico. Por otro lado con las palabras «modelos multisectoriales» se hace hincapié en la necesidad de afrontar los problemas teóricos de forma desagregada, pues son muchas y bien conocidas las dificultades y objeciones en que se incurre con la agregación de ciertas magnitudes o variables económicas.

El objetivo de la obra viene expresamente indicado en la *Presentación* del autor: libro de texto para estudiantes avanzados con la finalidad de facilitar el tratamiento, con rigor y concisión de un conjunto de contribuciones de notable relevancia teórica o bien susceptibles de aplicaciones diversas. El texto ocupa ocho capítulos más un apéndice matemático sobre vectores y matrices. Se configura como una sucesión de modelos matemáticos en los que se analizan algunas propiedades de sistemas económicos estilizados y definidos como «modo de producción mercantil simple» y «modo de producción capitalista». Dichos capítulos afrontan una serie de temas ligados a las contribuciones de Marx, Leontief, von Neumann y Sraffa, autores que pueden juzgarse como eslabones fundamentales del enfoque señalado.

Se entra en materia sin justificaciones preliminares. La atención se fija esencialmente en los precios y, en menor medida, en las variables distributivas, a saber, salario y tipo de beneficio. En los cuatro primeros capítulos se establecen una serie de supuestos e hipótesis restrictivas tales como: a) ausencia de técnicas alternativas, b) ausencia de producción conjunta, c) coeficientes constantes. No se discuten los motivos para efectuar la selección de las hipótesis ni el grado de distorsión que entrañan estas simplificaciones. Ya es costumbre tal proceder, pero conviene dejar constancia de que conlleva más riesgos de lo que por lo general se sobreentiende.

El panorama se complica en los siguientes capítulos, dedicados respectivamente a tratar la selección de técnicas, el modelo de von Neumann, la primera parte de la obra de Sraffa y algunos tópicos seleccionados de economía marxiana. En este último capítulo se discuten en concreto el tema de los valores y precios de producción en Marx, la «transformación» de valores en precios y la pretendida «tendencia decreciente de la tasa de ganancia [o tipo de beneficio]». Aunque los resultados a los que se llega son conocidos, todavía se empeñan en ignorarlos muchos vulgarizadores del marxismo que parecen considerar poco menos que infalible la magna obra de Marx.

En este orden de ideas hay que advertir que quizá Vegara se pasa un pelín y bordea una cierta esterilización (por asepsia radical) de la problemática marxista, que de ningún modo pretendía ser una construcción de carácter predominantemente formal. Ahora bien, el marxismo no es propiedad de nadie y todos pueden hacer con unos escritos y una tradición lo que les dé la gana. Así se ha hecho hasta ahora, y si la burocracia rusa ha empleado el «marxismo soviético» como capirote de adorno para inmensos gulags, no hay razón suficiente para censurar que un experto en matemáticas aplique su pericia a operar con traducciones formales de conceptos económicos marxianos. Desde luego acaso sea preferible correr el riesgo de la esterilización sectorial a cultivar irreflexivamente una masa de posiciones con ciertos elementos confusos y a veces absurdos. Uno, en definitiva, prefiere los revisionismos de esta especie a las escolásticas repetitivas y contradictorias, para no hablar de las religiones de Estado.

En cualquier caso, esta obra satisface cumplidamente las esperanzas y resulta homologable con manuales extranjeros. Su virtud más destacada no es la originalidad, sino la claridad, el rigor y la sistematicidad. Puede chocar al lector poco familiarizado con la temática de que se ocupa o con el tipo de tratamiento formal aplicado a los modelos seleccionados. Verdad

es que hay algún abuso de ejemplos numéricos, algo que se justifica perfectamente para la exposición en las aulas, pero que parece un tanto redundante en un libro como el que comentamos. En cambio, se echa en falta una mayor atención a los aspectos semánticos y problemáticos de los modelos desarrollados: No está ausente la preocupación por estos rasgos, pero se halla reducida a la mínima expresión, y no siempre resulta tan convincente como las secuencias formales.

En suma, aunque se estudian con cuidado las propiedades matemáticas de los modelos presentados, no se realiza un esfuerzo del mismo calibre para aquilatar su interés teórico y sus vinculaciones con los propósitos explicativos que todo esquema científico, quiérase o no, comporta.

– O –

Cumplida ya la labor informativa y de evaluación global que una reseña exige, voy a ocuparme ahora de la principal objeción que, en mi opinión, hay que hacer a este libro, a saber, el tratamiento del *capital fijo*. Veamos el asunto con algún detalle.

En nota a pie de página se anuncia que «en el capítulo 4 se considerará el caso con capital fijo» (pág. 47). En dicho capítulo se adopta la visión del capital fijo como stock y se supone «depreciación por evaporación». Se definen tres variables del siguiente modo:

m_{ij} = stock de i necesario para producir una unidad de j

a_{ij} = gasto de i necesario para producir una unidad de j

T_{ij} = vida media del stock

y «por definición» se propone la siguiente relación:

$$\frac{m_{ij}}{T_{ij}} = a_{ij}$$

A continuación se afirma que a_{ij} «*corresponde al coeficiente de amortización o de depreciación*» (pág. 65).

Como justificación de la fórmula que liga a las tres variables se remite al lector a la *Teoría del crecimiento económico* de Morishima. Vale la pena subrayar que en tal libro el propio Morishima desautoriza la interpretación arriba reproducida. La cita es un poco larga, pero resulta esclarecedora: «*Según el tratamiento neoclásico de la depreciación por evaporación, los bienes de capital producidos hace varios años que han estado sometidos al desgaste, se consideran físicamente equivalentes a cantidades menores de nuevos bienes de capital del mismo tipo. Este es un supuesto útil para empezar a abordar el problema, pero simplifica en exceso la estructura por edades del stock disponible e impide tratar adecuadamente la mortalidad de los bienes de capital. Conduce incluso a contradicciones, pues un empresario que posea una cierta cantidad de un bien de capital en la etapa final de su vida útil se encontrará al comienzo del año siguiente sin equipo capital; mientras que si dispone de una pequeña cantidad, por pequeña que sea, de un bien de capital recientemente producido, podrá utilizarlo en la producción a lo largo de toda su vida útil. Como este ejemplo ilustra en general, es imposible encontrar equivalentes cuantitativos, en términos de un bien de capital nuevo, de los bienes de capital deteriorados en grados diferentes por el uso. Únicamente tratando los bienes de capital en distintos estados de desgaste como bienes cualitativamente diferentes podremos describir adecuadamente la estructura por edades del stock de capital*» (Morishima, *Teoría del desarrollo capitalista*, pág. 109).

Evidentemente, Vegara conoce el problema. Pero muchos de los lectores potenciales lo ignoran, de modo que su texto puede inducirles a pensar que es tan válida una forma de aproximación como cualquier otra. Los reparos de Vegara en aceptar la «*revolución de von Neumann*» (como dijo Morishima) se exponen en el capítulo correspondiente a este modelo. Dice

Vegara: *«el modelo (...) supone que existen los mercados correspondientes a todas las mercancías, incluidos los bienes de capital depreciados; el funcionamiento simultáneo de los mercados, en el marco de la competencia capitalista, es el mecanismo que «resuelve» el modelo, determinando las diversas variables, en particular, los precios. Ahora bien, en este marco, y dado que es bien conocida la no existencia generalizada de mercados de bienes de capital fijo usados, el tratamiento de la depreciación en términos de producción conjunta aparece como un avance sugestivo pero básicamente formal»* (págs. 99-100).

Las razones aducidas parecen las de un empirista radical, y contrastan fuertemente con la línea predominantemente lógica en que se mueve el texto. Recalquemos también que el modelo de von Neumann no supone la existencia de mercados de todas las mercancías: salvo error, el concepto de «mercado» ni se menciona en el famoso artículo. Naturalmente, tiene que haber fuerzas de alguna especie para alcanzar un resultado equilibrado y mínimamente estable. O sea: es perfectamente lícito suponer que el «mercado» condensa buena parte de ellas. Pero no es indispensable que todas las mercancías tengan su mercado singular, del mismo modo que no es necesario poder seguir el curso de un río para afirmar su unidad. Hay muchos modos indirectos de afirmar que el Guadiana continúa existiendo aun cuando desaparezca de la vista en algún momento.

En síntesis, la existencia de mercados sirve (entre otras cosas) para contrastar en qué medida los resultados teóricos son aceptables, pero no se pueden confundir ni están en el mismo nivel los precios sombra o precios de economista que los precios efectivamente practicados. Así pues, en términos estrictos no es preciso suponer o imponer la existencia de mercados para todas las mercancías; basta con que puedan proponerse precios teóricos para todos los bienes básicos por vía directa o indirecta. Considerar que el mercado «hace» los precios es caer en fetichismo excesivo y conceder una preeminencia que choca con

la efectiva realidad de las concentraciones verticales en la esfera de la producción y la distribución. Obviamente, los contables y gerentes no necesitan la existencia de mercados para determinar precios de cómputo en cada una de las fases de un proceso cada vez más elongado.

Por otra parte, el problema de fondo puede ser abordado del siguiente modo. La «maquinaria» recién estrenada tiene un valor objetivamente determinado. Supongamos que su productividad es constante y su horizonte vital está bien definido. En resolución, disponemos tan sólo de dos puntos indiscutibles de valoración: la trayectoria temporal del valor de la máquina en cuestión debe conectar estos dos puntos, pero en principio no se dispone de información directa sobre el aspecto de dicha trayectoria. Ahora bien, *tanto si hay mercados como si no*, dentro de un modelo estacionario de la estirpe considerada aquí, hay que inventar criterios que permitan trazar esta trayectoria y que concuerden con la lógica del sistema. En cualquier caso, es evidente que una porción del valor final de un producto deberá imputarse al desgaste que sufre irremisiblemente la «maquinaria» y, asimismo, que la suma de valores transferidos debe cubrir amortización y beneficios. Esto conduce a resultados bien determinados. Hay que proceder luego a contrastaciones indirectas. Es lo que esgrimió Sraffa: su fórmula de «anualidad» coincidía exactamente con la emanada de la vieja sabiduría contable. Además, su método era más poderoso puesto que el razonamiento generador podía aplicarse a casos mucho más complejos. (Hay que subrayar, de paso y entre paréntesis, que el capital fijo no sólo cubre maquinaria o edificios; también los árboles frutales pertenecen a esta categoría, por lo cual resulta erróneo creer que el problema teórico subyacente no emergió antes de la era industrial).

En definitiva, si las razones escuetamente apuntadas son válidas, resulta incorrecto e inaceptable analizar el capital fijo mediante el esquema de «depreciación por evaporación» (una vía que disuelve el problema sin resolver casi nada). Y se mantiene

en pie la propuesta de von Neumann y Sraffa: es indispensable internarse en el marco de la «producción conjunta» para afrontar con rigor los delicados problemas del capital fijo, categoría que recubre un género de bienes cualitativamente distinto e irreducible al caso del capital circulante.

A. Barceló

[PS 2021. Texto publicado como «reseña» en *Cuadernos de economía*, vol 7, n° 19, mayo agosto 1979; pp 391-395. Reproducido aquí sin ninguna modificación significativa]